

---

ELENA PONIATOWSKA

*Hasta no verte, Jesús mío*

Barcelona, Debolsillo, 2002, 422 p.

El género testimonial ha visto en esta novela uno de sus máximos representantes, se habla de la recuperación de las voces silenciadas de la historia, o del cuestionamiento de los conceptos de género literario, de crítica literaria e incluso la puesta en duda de toda la institución académica. La protagonista, Jesusa Palancares, habla en primera persona, contando su vida atropellada, en medio de la Revolución Mexicana. Pero vamos a ver cómo este texto tiene un alcance mucho mayor que el simple “poner un micrófono” a alguien. Huyo de lecturas interesadas, intentando acceder, siquiera de forma superficial, a la complejidad que hay debajo de una aparente simpleza.

### **Jesusa Palancares**

La voz de Jesusa Palancares lo llena todo, administra toda la información, y llega incluso a parecer la verdadera protagonista de un texto que en realidad tiene una concepción referencial.

Pero esta voz que nos habla empieza el relato de forma inquietante, con una mezcla de cultura popular y delirios religiosos. No estamos ante un narrador demiurgo que organiza una visión científica de la realidad. Pero se establece un pacto de verdad, el hecho de que Jesusa “nos hable” da la apariencia de un contacto directo con la protagonista, hay una ilusión de transparencia.

Es, por tanto, Jesusa quien se presenta a ella misma, y lo hace de la forma más torpe posible, convirtiéndose en un narrador indigno de confianza: “Esta es la tercera vez que regreso a la tierra, pero nunca había sufrido tanto como en esta reencarnación ya que en la anterior fui reina” (p. 11)<sup>1</sup>. Lo que nos encontramos desde la primera línea

<sup>1</sup> Cito por las páginas de la edición de Madrid, Alianza, 1984.

es a una persona desquiciada. Pero esto no continúa en el relato, porque las fantasías de Jesusa van a ocupar un lugar muy secundario en el texto, y será su capacidad de observación y su memoria prodigiosa (casi inverosímil) lo que organice todo el relato. Un poco más adelante hace una sorprendente definición de sí misma: “en esta última reencarnación he sido muy perra, pegalona y borracha. Muy de todo. No puedo decir que he sido buena. Nada puedo decir” (p. 15). Jesusa se da cuenta de su situación, es una persona más lúcida de lo normal. Aquí se nos cuenta una vida, con todo detalle e incluso con pretensión de exactitud. Parece que Jesusa, estando loca, ha evitado caer en la locura colectiva.

Esto, por supuesto, requiere una técnica literaria que va más allá de lo que una mujer ignorante, que habla improvisando, puede hacer. Es evidente, y no hace falta discutirlo, que detrás de Jesusa Palancares se oculta una escritora profesional, que sabe perfectamente cómo organizar la información, qué decir antes, qué decir después, qué omitir, cuándo saltar en el tiempo e incluso qué estilo emplear para decir las cosas<sup>2</sup>. La transparencia es falsa, como lo es en cualquier texto que la pretenda.

La novela construye un sujeto compacto, un yo que fagocita toda la realidad mexicana para pasarla por su tamiz personal. ¿Cómo es Jesusa Palancares? No encontramos casi ninguna descripción física de Jesusa, hay una referencialidad total. El cuerpo está ausente, sólo sabemos que “no era bonita, era lo menos que tenía” (p. 70). Jesusa es un yo impenetrable, o mejor dicho, un intento de construcción de un sujeto que se escapa de las manos, un sujeto que en el fondo no aparece casi, que es una voz que cuenta. Si eliminamos la oralidad (la ficción de oralidad) y el pronombre personal “yo”, lo que nos queda es un narrador impersonal, prácticamente desfocalizado. Hay una ausencia de sentimientos, Jesusa no se emociona jamás, ni tan siquiera cuando muere su marido o cuando se separa de su padre. Tampoco se enamora, rechaza pretendientes serios, es insensible al amor: “a mí no me gustó nunca ninguno; como amigo sí, a mí háblenme de amigos legales, sí, pero nada de conchabadas” (p. 149). Incluso suelta perlas como ésta: “a mí los hombres no me hacen falta ni me gustan, más bien me estorban aunque no están cerca de mí, ¡ojalá y no nacieran! Pero esta vecindad está llena de criaturas, gritan tanto que nomás me dan ganas de apretarles el pescuezo” (p. 168). Es inmune incluso al miedo, en medio de una guerra: “para mí no existe el miedo. ¿Miedo a qué? Solamente a Dios” (p. 107).

Lo que subyace en este texto es, evidentemente, la reconstrucción del sujeto au-

---

<sup>2</sup> A quien dude de esto, lo invito a intentar escribir una novela, contando sus propias experiencias y dando sensación de improvisación. Si tiene un mínimo sentido literario se dará cuenta de lo difícil que es hacer eso. En la mayoría de los casos el resultado sería un montón de palabras ilegible.



tónomo burgués<sup>3</sup>, pero se nos presenta su unidad desde el mito cristiano del alma. Jesusa es un alma, que viaja de una identidad a otra, según se va reencarnando, pero que mantiene su unidad esencial, para bien y para mal. Es desde ahí desde donde cuenta.

Se sitúa al margen siempre de los otros. De su infancia dice que “no tenía con quién hablar, porque mi único amigo era el metate. De eso me viene lo callado. Hasta ahora de vieja me he puesto a hablar un poquito” (p. 57). Pero no sólo está aislada de forma física, también lo está socialmente: “hasta la fecha entiendo el japonés, el catalán, el francés, el inglés porque trabajé con gringos. Como quien dice, trabajé con puros extranjeros y los de aquí siempre me han tratado como extraña” (p. 60). Jesusa Palancares no es la voz de los mexicanos, y aún menos de la mujer mexicana (como luego veremos), dice que se siente como extranjera en su país. Es un sujeto apátrida, asexuado, indefinible. Carece de cuerpo, porque no es descrito en la novela. Si estamos ante un yo compacto, ese yo se esconde deliberadamente, y eso da problemas interpretativos muy importantes, porque el yo sigue ahí, da su opinión, parece que posee el “porqué de las cosas”, se siente capaz de controlar cualquier sentimiento, se reclama soberano de sí mismo:

Yo tengo la voluntad muy fuerte: ¡para que es más que la verdad! Cosa que decido que nunca voy a volver a hacer, nunca la hago. Desde chica he sido así de terca. Yo veo hombres que no pueden dominarse: ¡Maldito vicio que no me deja!, y me da muina. Siguen clavados en la bebida y eso es sinvergüenzada, es la debilidad de los canijos. Que cuesta trabajo, claro que cuesta. Como la Obra Espiritual, que es muy bonita pero muy dura. Yo no me sé domar pero me domino. Me costó dejar de pelear y dejar de beber, pero teniendo buena voluntad no hay vicio. (p. 247)

La voluntad individual emerge aquí como una fuerza invencible, Jesusa no se sabe “domar”, pero se “domina”. Los animales son domados, obedecen por el miedo o por reflejos condicionados en su pequeño cerebro, pero aquí se afirma la voluntad, el patrimonio de ese sujeto soberano. En este discurso hay una mezcla de la creencia burguesa en el poder de la razón con el mito cristiano del libre albedrío que el Señor nos entregó. La voluntad es la vía de la salvación, la forma de purgar el pecado original. Pero también la voluntad es la fuerza capaz de cambiar el mundo. Si bien Jesusa no se muestra en ningún momento capaz de realizar ese cambio, y queda siempre esa voluntad como simple dominio de sí misma.

<sup>3</sup> Esto no se le ha escapado a la crítica postestructuralista, la cual, después de haber alabado la novela como texto subversivo, ha pasado a despreciarla alegando una “vuelta atrás”.

Sin voluntad, el hombre se convierte en un pelele. El hermano de Jesusa, Efrén Palancares, “nunca andaba en su juicio” (p. 30), los esfuerzos de su padre por quitarle las malas compañías resultan inútiles, “ya el que nace de mala cabeza ni quien se lo quite” (p. 30). ¿Qué significa aquí, después del discurso de la fuerza de voluntad, este rasgo determinista? Efrén no está predestinado, pero es un sujeto débil, a merced de las “compañías” y manipulable. Jesusa, en cambio, siempre está sola, y posee una voluntad férrea.

Tenemos, entonces, a un sujeto unificado y autónomo, pero que se diluye en medio del relato, que aparece sólo tangencialmente y que es escondido voluntariamente. Este yo de Jesusa Palancares es un proyecto que no se llega a concretar. Como personaje, Jesusa Palancares es apenas un esbozo, lo que hay en el texto es una exacerbada referencialidad.

### **Escritura, pensamiento y oralidad**

He señalado ya cómo la novela se establece sobre un artificio de oralidad, cuando en realidad hay una poderosa elaboración literaria. La oralidad es un rasgo de estilo, y ese estilo es un procedimiento, no hay una simple transcripción. Tampoco Jesusa Palancares existe realmente.

En mi opinión, esa oralidad molesta para la lectura, no añade verdad al texto, ni tampoco valor estilístico. Lo que late aquí debajo es el “pacto de verdad”, que es el principio del testimonio, y que es lo mejor que yo le encuentro a esta novela. El debate está abierto, hay que restaurar el viejo pacto: una palabra es la etiqueta de una cosa, y una palabra sirve para nombrar esa cosa de forma inequívoca. Restaurar la capacidad del análisis y la razón para explicar el mundo.

No quiero adentrarme en ese territorio, lo que me interesa es ver cómo Poniatowska hace un fresco de la Revolución mexicana a base de las palabras de una mujer analfabeta. El logro literario es haberse ceñido a un registro concreto (un logro dudoso), pero no haber dado voz a los sin voz, porque eso ya hemos visto que no es así. Jesusa Palancares es un sujeto mostrenco, que no pertenece a ningún sitio, no se siente representada por su género, ni por su nacionalidad, ni por su clase social.

Y por el mismo motivo, no es real la sensación de improvisación que se da. Hay veces en que parece que a Jesusa se le olvidan las cosas. Se le olvida decirnos que creció, o que se separó de su padre y luego se volvió a juntar con él: “y digo nosotros porque ya desde ese momento anduve otra vez con mi papá” (p. 63). Pero eso es un elemento más de la construcción de esa ficción de oralidad e improvisación. A Poniatowska le hubiera resultado muy fácil decir que Jesusa se separó de su padre cuando debía de decirlo, o decir que Jesusa se iba convirtiendo en mujer. Pero no le interesa,



porque hay una teatralización, todo colabora para darnos a entender que se ha cedido la voz al Otro<sup>4</sup>.

### **Masculino/femenino**

Uno de los aspectos más interesantes del personaje de Jesusa Palancares es su posición frente a los roles sexuales masculino/femenino. Es cierto que el personaje está apenas esbozado, que sólo aparece como excusa para la referencialidad, pero cuando Jesusa Palancares se refiere a sí misma, suele hacerlo para cuestionar su feminidad. Su insistencia en ese punto es casi sorprendente, porque no se esfuerza nunca en justificar su comportamiento. En cambio, parece que ha pensado muchas veces en por qué el rol femenino no ha llegado a calar en ella.

Jesusa Palancares se nos presenta desde pequeña como un hombrecito, como una feminidad vuelta del revés: “yo era muy hombrada y siempre me gustó jugar a la guerra, a las pedradas, a la rayuela, al trompo, a las canicas, a la lucha, a las patadas, a puras cosas de hombre, puro matar lagartijas a piedrazos, puro reventar iguanas contra las rocas”. La niña Jesusa tiene impulsos violentos, que ella relaciona con la masculinidad. Esta actitud es bastante común en las niñas, hay algunas que parecen hombrecitos. Pero Jesusa la conservará durante toda su vida, y no será una “machorra” o una lesbiana porque no siente amor por nada, como ya se ha dicho, ni se siente atraída sexualmente por nada (o al menos no lo confiesa).

Por lo tanto, Jesusa Palancares tiene un género indefinido. Sexualmente está inhibida, no siente el más mínimo instinto maternal y en su comportamiento recuerda tanto a un hombre como a una mujer. Ella, aunque es consciente de esa particularidad suya, no explica las causas de eso, ni las consecuencias que le ha traído en su vida (quizá la soledad a la que se refiere alguna vez). Tampoco parece estar preocupada al respecto. Hay un momento en la novela en que se refiere a un tal don Lucho diciendo: “don Lucho era muy buena gente, porque los afeminados son más buenos que los machos. Como que su desgracia de ser mitad hombre y mitad mujer los hace mejores” (p. 181). Le gusta el afeminado porque es mitad hombre y mitad mujer, pero no hace ninguna referencia a ella misma, que también es mitad hombre y mitad mujer. Hay veces en que parece que no tiene claro a qué género pertenece: “a mí esos revolucionarios me caen como patada en los... bueno como si yo tuviera güevos” (p. 134), habla como los hombres. En otra ocasión dice: “yo me visto a veces de hombre y me encanta [...] me gusta más ser hombre que mujer. Para todas las mujeres sería mejor ser hombre, seguro, porque es más divertido, es uno más libre” (p. 181).

<sup>4</sup> Luego veremos cómo, en el fondo, Poniatowska ironiza con todo eso.

Quizá las reservas de la crítica feminista hacia esta novela se deban a que no hay una reivindicación de la dignidad de la condición femenina, no quiere que las mujeres sean más libres. Desea, literalmente, ser un hombre, cree que sería más divertido.

¿Cómo interpretar esto? En mi opinión, Jesusa vive el drama del transexual, es un hombre atrapado en un cuerpo de mujer. Ése puede ser el motivo por el que no hay prácticamente ninguna descripción de su cuerpo. Y su inhibición sexual podría deberse a una homosexualidad reprimida por la cultura cristiana en la que vive.

Jesusa Palancares está muy lejos de ser la voz de la mujer oprimida. Habla desde un cuerpo de mujer, pero vuelvo a decir que no encaja ni en el lugar de lo mexicano ni en el lugar de lo femenino. Su posición es singular, no representa a ningún grupo social. En ese sentido, es una excepción en medio de una revolución mexicana que busca la liberación del "pueblo". Poniatowska parece lanzar un dardo envenenado a los discursos homogeneizadores, que pretenden defender a un colectivo monolítico, que en realidad es heterogéneo, cambiante y disipativo. Esta novela, más que ser un texto para el que la crítica académica no tiene armas, como se ha insinuado, es una ratonera que ha atrapado a buena parte de la crítica feminista y postestructuralista<sup>5</sup>.

### **Autobiografía/fresco de la Revolución**

Hemos visto ya cómo el personaje de Jesusa se escapa y queda desdibujado ante la poderosa referencialidad del texto. Por delante de nosotros desfila la Revolución Mexicana, con datos históricos concretos. Aquí no hay una autobiografía, el texto no se deja leer así, cuando acaba la novela no conocemos en profundidad a Jesusa Palancares. En cambio, hemos estado buceando en la intrahistoria mexicana. Se nos dice que "en 1911 Madero tomó la ciudad capital de México" (p. 40), o simplemente aparece el mismo Zapata en persona. Los datos históricos son muy abundantes, y toman el protagonismo por encima de las peripecias de Jesusa. Por eso *Hasta no verte Jesús mío* no es una típica novela de testimonio, porque no se nos cuenta la particularidad de un individuo, ni se da voz a un colectivo silenciado, sino que se hace un trabajo histórico. Mi lectura de la novela, entre otras cosas, tiene que ver con la historia crítica. Hay en esta novela un cierto eco de los *Campos* de Max Aub (escritos también en México) o

<sup>5</sup> Puede compararse esta novela con una novela norteamericana publicada sólo dos años más tarde, *El periodista deportivo* (1986) y su segunda parte *El día de la Independencia* (1995), de Richard Ford. Aquí también habla una voz en primera persona, Frank Bascombe, un personaje lejos de Jesusa Palancares: hombre, norteamericano, blanco, anglosajón y protestante, perteneciente a la clase media de la costa Este. Pero, aunque aquí sí que se nos da la construcción de un personaje en todos sus detalles, el resultado es el mismo. No creo que Richard Ford sea un autor de novela feminista. Ni que la crítica académica se sienta impotente ante una novela ganadora de los premios Pulitzer y PEN/Faulkner.



de *Los de abajo* de Mariano Azuela: el primero da una versión opuesta a la oficial de la historia de la Guerra Civil Española, y el segundo toma una posición sorprendentemente ambigua con respecto a la Revolución Mexicana. A este tipo de novela histórica le debe bastante el texto de Poniatowska.

La posición de Poniatowska es muy parecida a la de Azuela. Jesusa Palancares tiene muchas reservas con respecto a la Revolución, aunque haya formado parte de ella en el bando vencedor. Mantiene muchas veces posiciones críticas sorprendentes en una mujer ignorante, como ella reconoce ser. No es raro que critique a algún cabecilla que no es de su agrado: “ni Zapata ni el general Morales Molina fueron como este bandido y este sinvergüenza del Juan Espinosa y Córdoba que se creía muy conquistador” (p. 129), ni que se preocupe por descubrir la corrupción de algún revolucionario, pareciendo a veces más una intelectual crítica que una mujer de mala vida, incluso atacando el servilismo de los medios de comunicación:

A Carranza nos lo pusieron a chaleco, pero no porque le tocara. Se apoderó de la mayor parte del oro que había dejado Porfirio Díaz en el Palacio. Hizo cajas y cajas de barras de oro y plata y se las llevó. Adelante de la Villa, en Santa Clara, los obregonistas le volaron el tren, le quitaron el dinero y lo persiguieron y él cayó en la ratonera, allá en su rancho de Tlaxcalaquiensabe... Nomás que eso tampoco lo dicen por el radio. Anuncian lo que les parece pero no aclaran las cosas como son. (p. 134)

Pero Jesusa va a veces mucho más allá, y se preocupa por analizar las causas de los acontecimientos históricos:

¿Por qué perdió Porfirio Díaz? Porque creía que contaba con muchos soldados: recibía las nóminas de que sus tropas estaban completas y él mandaba los haberes pero la mayor parte ya estaba voltiada con el enemigo. (p. 134)

Aquí el culpable no es algún general corrupto, sino los guerrilleros mismos, que engañan a su líder para seguir recibiendo los suministros de sus compañeros muertos o presos por el enemigo. Jesusa no tolera la corrupción, venga de quien venga:

A mí esos revolucionarios me caen como patada en los... bueno como si yo tuviera güevos. Son puros bandidos, ladrones de camino real, amparados por la ley. Cuando se muere o se deserta un soldado, lo dan por presente en las listas que mandan al Defe y a la hora de la revista llaman a cualquier cargador, le dan una peseta y él contesta: “¡Presente!” Firman la nómina y sale para acá: “Que están las tropas completas”. Y a veces ya no tienen más que dos medios pelotones. El coronel o el general que encabezan esa corporación se sientan con el dinero. Y así lo hacen todos, todos parejos, y lo mismo hacen con la caba-

llada. Los haberes de un caballo son más que los de un soldado y con eso se quedan los generales de caballería. Los soldados a pie de un lado a otro y los caballos nomás figuran en los papeles. "Se nos murieron tres y hay que reponerlos..." Por eso se pelean todos por ser generales de caballería y en un año o dos ya están ricos. (p. 134)

Por otra parte, Jesusa Palancares va en sus opiniones mucho más allá de la Revolución. Hay veces que parece haber leído a Marx: cuando le preguntan si le gusta el trabajo que tiene, contesta: "-Pues no, porque el trabajo es muy latoso y no vemos el resultado" (p. 141). Otras veces carga contra los curas corruptos, a pesar de su fe en Dios, acusándolos de aprovecharse sexualmente de las chavalitas que van a confesarse. Pero tampoco los sindicatos salen bien parados:

Antes era bonita la vida de fabricanta. Antiguamente dando la una de la tarde salía uno<sup>6</sup> a comer a su casa; se tomaba su sopa aguada, su arrozito, su guisado, hasta donde le alcanzaran las fuerzas. Ahora ya no, ya no se usa eso; con eso de los pinches sindicatos lo han arruinado a uno para todo. Si acaso salen los empleados, van a la carrera a comer tacos llenos de microbios, por allí a media calle entre la polvareda, en un montón de taquerías puercas. Con el Sindicato fregaron tanto al que puede como al que no puede. ¡No es chiste! ¡Ni siquiera le ayudan a uno! Al contrario, lo arruinan. Y no nomás arruinan a dos o tres, arruinan a todos los que se dejan, a todos los necesitados que no tienen más remedio que apechugar. ¡Al que no está sindicalizado no le dan trabajo, hágame favor! Así es de que ése se aguanta el hambre y si está sindicalizado, le sacan sus centavos: que cuota para esto y cuota para lo otro. Total: un desmadre. A mí que no me anden compañereando. (p. 230)

A veces más parece que estamos ante un ilustrado que ante una mujer de vida marginal. Jesusa Palancares tiene opiniones propias acerca de casi todo, no cree en el discurso oficial. Incluso frente a la Iglesia mantiene su distancia crítica.

Esta actitud de Jesusa es la parte más interesante de la novela, es por ahí por donde Poniatowska trasciende el género testimonial y entra en el terreno de la caza mayor. Este libro no es fácil de leer. Una lectura simple buscando el testimonio de la mujer mexicana es errónea, la realidad es bien distinta.

No se habla desde ningún lugar concreto. No se intenta cambiar la realidad. Lo que hay es una posición desvinculada, que hace una crítica aguda de la Revolución, la Historia, el concepto de nacionalidad, la unidad de lo femenino o incluso la novela de testimonio.

---

<sup>6</sup> Nótese cómo Jesusa se refiere a sí misma llamándose "uno" en vez de "una". Esto se repite en otras partes de la novela. Hay veces en que olvida su género.



## Un naturalismo posmoderno

Si desde hace un tiempo se ha venido hablando de un “realismo posmoderno” (Oleza), aquí no es descabellado ver un nuevo naturalismo. Jesusa Palancares es producto de una mezcla entre la influencia del medio en el que nace y su innata ambigüedad sexual. No puede, en ningún momento, trascender esos dos factores, y después de todas las tribulaciones se encuentra exactamente en el mismo lugar en el que empezó: la parte más baja de la sociedad<sup>7</sup>.

La mirada de Jesusa pinta un fresco general de la sociedad mexicana de la época de la Revolución, pero ahora con una organización fluida, disipativa, en contra de la rígida organización del naturalismo clásico.

Tampoco hay aquí un individuo que se define por su pertenencia a un grupo social, sino una concepción posmoderna donde el individuo está radicalmente solo, sea cual sea el ángulo desde el que se le mire.

De todas formas, este sujeto posmoderno, autónomo pero diluido en los objetos que observa, se siente igualmente impotente, como en el naturalismo clásico, para cambiar la realidad. Aquí quien habla es el mismo personaje, ha habido una unión entre el narrador impersonal del naturalismo clásico, capaz de descomponer la realidad en sus formantes esenciales y analizarla en un laboratorio, y el personaje objeto del análisis. Jesusa Palancares habla de sí misma y habla de la realidad, pero aquí lo nuevo es que para hablar de sí misma emplea el mismo tono impersonal que para hablar de la realidad. Es ella misma quien se inculpa o exculpa, con una objetividad pasmosa.

Al igual que Madame Bovary o Therese Raquin, Jesusa Palancares es tan culpable de sus desdichas (como ella misma reconoce) como quienes la rodean. No hay en ella ningún rasgo heroico, sino un encuentro de diversas fuerzas que se enfrentan y acaban produciendo un resultado determinado. Pero su mirada penetrante, su voluntad de hacer una historia crítica y su objetividad insobornable hacen de ella un personaje inolvidable.

ALBERTO NOGUERA

---

<sup>7</sup> La culminación de este naturalismo posmoderno puede verse en una novela que causó conmoción en su momento, y que se ha convertido en objeto de culto en Inglaterra y en toda Europa: *Trainspotting*, de Irvine Welsh (1993), donde se muestra la vida de unos jóvenes drogadictos de los suburbios de Edimburgo.